

**J.M. Bombin**

**Un año en el frente  
El bombardeo de Gernika  
Memorias de un miliciano**





**Juan Miguel BOMBIN:**

Nació en Portugalete, Bizkaia en 1916, y al estallar la Guerra Civil, en 1936, se incorporó a filas. De monte en monte, de llano en llano, llega a Asturias junto con otros milicianos. Perdida la guerra, en el Norte, recuperándose de heridas que recibió en combate, embarca en Gijón en septiembre de 1937, rumbo a Francia. Desde allí pasa a Cataluña,

donde prosigue la guerra a las órdenes del Coronel Galán, a la sazón director general de la Marina de Guerra de la República.

Exiliado en Francia, a finales de 1939 embarca hacia Buenos Aires con la documentación a nombre de Jorge Rubio, de nacionalidad Argentina. Allí se encuentra con otros exiliados por la misma causa, algunos de ellos figuras de primer orden de la República Española.

En 1942 se traslada a Uruguay, donde trabaja en *El País* de Montevideo, uno de los periódicos decanos del Río de la Plata. Es entonces cuando entra en contacto con prestigiosos escritores como Onetti, Pablo Neruda, C. Martínez Moreno y otros artistas, como Margarita Xirgu, al tiempo que colabora con el Teatro del Pueblo. Contemporáneamente escribe algunos cuentos en la revista *Mundo Uruguayo* y el prestigioso semanario *Marcha*. Además, edita dos novelas *Un Hombre del Siglo*, sobre el fondo de las continuas guerras, los desajustes sociales y la evolución tecnológica, y *El Encuentro con mi Amigo*, peripecia de dos compañeros de la Guerra Civil del 36.

Tras el golpe militar en Uruguay, por sus ideas, se ve obligado a instalarse en Brasil, y a razón de su trabajo viaja por varios países de Latinoamérica, conociendo la realidad de estos pueblos, entrando en contacto inclusive con algunas reservas indígenas. A destacar en esta etapa de su vida la colaboración en "Veritas", revista de la Pontificia Universidad Católica de Porto Alegre.

En 1987 retorna al País Vasco, donde publica cinco novelas más *Ceremonias de los Espíritus* (Adenda); *El abuelo Cristino* y *Una casa para Helena* (Ed. El Carro del Sol); *Más allá del horizonte* (Ediciones Beta, 2002); *A cara o Cruz* (Ediciones Beta, 2004) y un poemario: *Vertiente* (Ediciones Beta, 2003).

## Índice

---

|   |     |
|---|-----|
| Prólogo (Mikel Alvira) .....                  | 7   |
| Reseña Histórica .....                        | 9   |
| Presentación (Fidel Bilbao) .....             | 11  |
| 1. El alzamiento .....                        | 17  |
| 2. La campaña de Albertia .....               | 27  |
| 3. Fotografías de La Guerra Civil .....       | 65  |
| 4. La resistencia en el monte Saibigain ..... | 81  |
| 5. El bombardeo de Gernika .....              | 101 |
| 6. Fractura de húmero .....                   | 121 |
| 7. Epílogo .....                              | 127 |
| Poemario: De verano a verano .....            | 129 |

Agradecimientos: al centro de Documentación sobre el Bombardeo de Gernika,  
por su aportación fotográfica.

---

## **Prólogo**

---

Pintado para el Pabellón de España en la Exposición Internacional de París en 1937, pabellón ideado con fines propagandísticos por parte de la República Española, el “Guernica” fue diseñado por Picasso para la colectividad, para que lo contemplase un gran número de personas, de ahí sus dimensiones y el uso de la gama del blanco/negro. Fue un cuadro creado como cartel publicitario para poner de manifiesto el escándalo del arbitrario bombardeo de Gernika el 26 de abril de 1937 a las cinco menos veinte de la tarde. Lo curioso es que este cuadro fue encargado por la II República a Picasso antes de que se produjera el bombardeo, para manifestar la oposición al Alzamiento Nacional y a la guerra, aunque también es cierto que Picasso no empezó a pintarlo hasta que se produjo. En un mes terminó la obra.

Pues bien, Juan Miguel Bombin no pintó ningún cuadro, pero pudo haberlo hecho.

Existen diversos motivos por los que este libro haya podido llamar tu atención, lector. Sin duda, el nombre de su autor es un buen aval para las siguientes páginas. J.M. Bombin, amigo de sus amigos, un ser querido y entrañable en este crisol nuestro de escritores y literatos, portugalujo infatigable, un hombre entregado a las letras desde su juventud, es, sin duda, un motivo suficiente para agarrar estas páginas y no soltarlas. Si, además, tenemos en cuenta que la Guerra Civil se convierte en uno de los episodios más significativos de su propia biografía, no cabe duda que su obra merece nuestra atención.

Hay otros motivos, por supuesto. Para muchos, quizás, desconocedores aún de J.M. Bombin –aunque nos consta que en su prosa descubrirán su quehacer y, por ende, acabarán aterrizando también en su prolífica y depurada poesía–, para quienes el nombre del autor, así a botepronto, no signifique todavía nada, las fotografías son un buen pretexto para adentrarse en una historia densa, rica y humana. No son el “Guernica” pero sí muestran, también en blanco y negro, el rostro de la contienda.

Y es que ése es, probablemente, un buen motivo para leer *Un año en el frente. El bombardeo de Gernika. Memorias de un miliciano*. Nos encontramos ante una narración ágil, sencilla, sin dobleces ni aspavientos literarios. Una crónica de primera mano en la que, más allá de los acontecimientos del fratricidio, más allá de los guarismos o las fechas, J.M. Bombin nos presenta una desgarradora historia humana. Humanos son sus personajes, ese enlace *Donosti* que nos cuestiona y nos impacta, ese “comisario político” que nos refleja las dos Españas del 36, ese bueno del pastor del Saibigain a quien lo único que le preocupa es que la guerra le esquilma las ovejas...

J.M. Bombin es testigo de la sangre y de las batallas y, como tal, nos las refleja, párrafo a párrafo, con su estilo directo. Sin empachos, sin sujetarse a las formas cuadrículadas y rígidas de la novelística clásica, sin dejarse aprisionar por las normas, J.M. Bombin hace acopio de memoria y fuerzas y nos relata cómo vivieron aquellos hombres del regimiento Meabe nº 2. Y lo hace con detalle, con mimo, pero sin truculencias ni morbosidades.

Puede que, finalmente, el mejor motivo para leer estas páginas sea el de aprender del pasado. El de comprender que la guerra afecta a todos y a todos salpica con su huraña faz. Como a las gentes de Gernika en aquel veintiséis de abril que con tanta finura y tanta crudeza nos describe J.M. Bombin. Como a los que se quedaron sin novia, sin futuro, sin convicciones y hasta sin ver el cuadro de Picasso. Como al propio autor, obligado a exiliarse tras deambular por nuestra geografía de zanja en zanja y de cota en cota.

**Mikel Alvira**  
*Escritor e historiador*

---

## **Reseña histórica**

---

1936: La muerte de Calvo Sotelo aceleró un golpe de estado que llevaba preparándose desde hacía algún tiempo. El 18 de julio la rebelión se extendió a varias guarniciones de la España metropolitana y el día siguiente Franco tomó el mando del ejército en Marruecos. El alzamiento tuvo éxito en Sevilla (dirigido por el general Queipo de Llano), en las islas Baleares (general Goded), las islas Canarias y Marruecos (Franco), Navarra (Mola), Burgos y Zaragoza. Al final de 1937 las tropas nacionales controlaban la mayor parte de Andalucía, Extremadura, Toledo, Ávila, Segovia, Valladolid, Burgos, León, Galicia, una parte de Asturias, Vitoria, San Sebastián, Navarra y Aragón, así como las islas Canarias y Baleares, con excepción de Menorca. Importantes zonas de Castilla-La Mancha, Cataluña, Valencia, Murcia, Almería, Gijón y Bilbao permanecían en manos republicanas.

El gobierno republicano formó un Gabinete de coalición encabezado por Giralt que fue sucedido por otro con Largo Caballero al frente. Esto llevó a la CNT al Gabinete que se trasladó a Valencia. El 29 de septiembre, la Junta de Defensa Nacional nombró a Franco jefe de gobierno y comandante de las Fuerzas Armadas. Para compensar estas circunstancias, el gobierno republicano creó un ejército popular y militarizó las milicias. Ambos bandos iban pronto a recibir ayuda extranjera: las Brigadas Internacionales apoyaban la España Republicana y las tropas alemanas e italianas a la España Nacional.

Jarama, Brunete, Quinto, Belchite, Fuentes de Ebro, Teruel y el Ebro son los campos de batalla de la Guerra Civil española en la que

más de 12.000 soldados canadienses participaron apoyando la España Republicana. Estos hombres crearon la unidad militar más auténtica de la historia de Canadá: el batallón Mackenzie-Papineau de la 15ª Brigada Internacional del Ejército Republicano Español, los “Mac-Paps”. Frente a su fuerza, los aviones de Hitler, especialmente en el norte: Gernika fue bombardeada en abril. En junio Bilbao fue tomada, Santander cayó en agosto y Gijón en octubre. La reacción de los republicanos fue abrir frentes en Guadalajara (en marzo), Brunete (julio) y Belchite (agosto). La batalla de Teruel se inició a final de año.

1938: Los nacionales trasladaron sus esfuerzos a Aragón, recuperaron Teruel y dividieron la zona republicana en dos partes tras entrar en Castellón en julio de ese mismo año. El gobierno respondió con la llamada Batalla del Ebro (julio-noviembre de 1938) que terminó con la derrota republicana y 70.000 bajas.

1939: Una vez extinguida la resistencia del gobierno, el exilio republicano comenzó con la huida de numerosos españoles a través de la frontera con Francia. Cataluña claudicó el 10 de febrero de 1939. Madrid era la única ciudad que resistía y las propuestas de paz de su Junta de Defensa (encabezada por Casado y Besteiro) eran inútiles. Las fuerzas nacionales ocuparon la capital el 28 de marzo de 1939 y el 1 de abril el general Franco declaró oficialmente el fin de la guerra.

---

## Presentación

---

Conocí a Juan Miguel Bombin hace años, en la presentación de uno de sus libros *El abuelo Cristino* pero en aquel momento yo solamente ejercía de público y tras la presentación no se me ocurrió acercarme a él para saludarle. Desde aquel instante vi su esfuerzo como escritor en ese “volumen” que era *El abuelo Cristino* y me prometí a mí mismo comprar el libro aun cuando por circunstancias de la vida no pude hacerlo. En literatura se pueden hacer novelas breves y mamotreos de mil páginas. Aunque no se puede nunca saber si es más difícil escribir una novela corta que una de mil páginas, es evidente que la de mil páginas tiene un trabajo añadido. En eso me fijé cuando observé la novela de Bombin y me dije: para escribir esto, aunque pueda ser un mal libro, hay que tener oficio, mucho oficio.

Años después de esta insignificante anécdota volví a conocer a Bombin de la mano de mi amigo David Jiménez, compositor de increíbles sonatas para piano. La nueva amistad entre Bombin y yo es esporádica, de una respetuosidad mutua muy interesante, fuera de las rivalidades de la literatura. Insospechadamente aprecia mi obra y yo sé apreciar la suya, lleguemos donde lleguemos con nuestras correspondientes “carreras literarias”.

Meses después me enteré que Bombin iba a publicar una obra sobre sus vivencias en la Guerra Civil. Me pareció algo tremendamente interesante porque soy un fanático de todo lo relacionado con la Guerra Civil, tal vez porque así me lo inculcó mi abuela, que padeció el conflicto en sus propias carnes, en la zona republicana, o su hermano, el

típico exiliado en Francia para evitar las represalias, o mi abuelo materno, un gallego que luchó en el bando nacional por el simple motivo de alistarse en la Legión para “comer caliente” y que no comprendía porque tenía que matar a gente que no la conocía de nada y que nada le había hecho. La Guerra Civil fue ese nefasto conflicto que empañó España de dolor, fosas comunes, exilios involuntarios y desfiles triunfales con un trasfondo de hambruna, miseria y analfabetismo. Sin duda alguna una obra autobiográfica con esas características, escrita por J. M. Bombin, verdaderamente prometía. Y no me equivoqué.

La mayoría de los escritores que de una manera u otra han catado las metamorfosis sociales de España desde finales del siglo XIX hasta el conflicto bélico del 36 poseen un rasgo común que los identifica: son personas con unas ligeras pinceladas de melancolía, huella indudable de las penurias de su tiempo y de las carencias morales a las que la sociedad les ha sometido. Como consecuencia de esta situación las obras de estos autores son claustrofóbicas, agobiantes, inevitablemente autobiográficas, reflejando un tiempo falto de libertad, traumatizado, enfermizo, donde los acontecimientos inmediatos adquieren una dimensión trascendente e inevitable y que a ellos les ha sobrepasado y aún nos sobrepasa a las generaciones venideras. Autores como Arturo Barea, *La forja de un rebelde*; Ramón Gómez de la Serna, *Crónica del Alba*; Gonzalo Torrente Ballester, *Los gozos y las sombras*; Federico García Lorca, *La casa de Bernarda Alba*; Pío Baroja, *El árbol de la ciencia*; Miguel de Unamuno, *La tía Tula* nos han dejado una extraordinaria descripción en forma literaria de una época en la que no se necesitaba fantasear demasiado para mostrar el gran “drama del mundo” ellos tenían la “tragedia shakesperiana” a la puerta de su casa. Ellos no necesitaron una gran historia inventada que contar a sus nietos, ellos estaban formando parte de un momento tan fundamental, trágico e increíble que la más mínima historia personal de cualquiera de nuestros antepasados es el mejor guión dramático que una película pueda desear. Por sus páginas aparecen personajes patéticos, antihéroes atosigados por el ruralismo, obsesionados por buscar un ideal que les haga olvidar las miserias cotidianas, testigos mudos de un tiempo que les atosiga... la pérdida de Cuba, las huelgas obreras, la industria-

lización, la miseria, la guerra de Marruecos, la Segunda República, la Guerra Civil, el exilio, la dictadura de Franco...

La presente obra no puede sustraerse de esa extraña época de nuestros abuelos e inevitablemente ese pedacito del trauma, anterior y posterior al 36, emerge de las páginas de este libro obligándonos a no olvidar cualquier error del pasado. No obstante, la obra *Un año en el frente. El bombardeo de Gernika. Memorias de un miliciano* de J. M. Bombin es algo más que un simple relato académico, es uno de esos legados imprescindibles que de vez en cuando llegan a nuestros insípidos ojos. Bombin nos sumerge con sus experiencias en la crudeza y en la estupidez de la guerra, en la confusión de los recuerdos fundidos por las ráfagas de ametralladoras y las bombas incendiarias. Bombin nos revela con una sencillez pasmosa los instantes cotidianos de una guerra, sus miserias, su “aguanta al pie del parapeto”... La descripción del bombardeo de Gernika jalona esta impagable obra testimonial que en muchos instantes deja un sabor ácido en la conciencia y hace pensar... ¿Y si no hubiese ocurrido esa carnicería? ¿Qué hubiese pasado? Pienso en el autor, en los otros soldados, en mi familia, en los exiliados, en los fusilados de ambos bandos, en los trastornados psicológicamente por la guerra, en la cantidad de ilusiones desparramadas por el fango, en las pesadillas nocturnas bañadas por el sonido de las sirenas de guerra, el fragor de las bombas y el olor ingrato del campo de batalla, en la posguerra, en la reconstrucción del país, en las cartillas de racionamiento, en una pesadísima dictadura, en una cicatriz en la memoria colectiva que a duras penas empieza a cicatrizar. Después de más de sesenta años... Si esto no merece la pena tenerse en cuenta, tal vez el nacer en este planeta haya sido un error...

*Un año en el frente* es una obra necesaria. Por fin se dignifica literariamente a los soldados de la Guerra Civil en el País Vasco. Al fin, han pasado por mis ojos, durante la placidez de la lectura, gente buena como lo podía ser cualquier familiar mío, obligadas a empuñar un arma y matarse. Por fin los soldados no son *soldaditos de plomo* sino hombres que sienten y que tienen miedo porque la muerte les asusta, pero aguantan el tipo a pesar de todo. Por fin se describe la locura colectiva de una guerra con la sencillez de quién la ha vivido. Por fin

leo una descripción digna del bombardeo de Gernika alejada de las exactitudes de los historiadores y los cronistas y envuelta en un halo de humanidad. Qué me importa cuántas bombas se arrojaron en la villa vizcaína si no se describe el impresionante sufrimiento de las víctimas. Qué me importa a mí un frío recuento de los caídos en el combate si cuando leo el texto no siento lástima por ninguno de los fallecidos. *Un año en el frente* no está inundado de ese “morbo” con el que algunos libros parecen arropar a la historia. Sus personajes son sencillos y cotidianos porque son personajes que existieron en la realidad. Cualquiera se puede identificar con esos personajes porque son como nosotros, porque podríamos ser nosotros.

Es insólito en mi bañar de halagos una obra a no ser que merezca la pena; y *Un año en el frente* lo merece. Podríaís explicar mis acciones y mis palabras. Tal vez estoy demasiado sensibilizado por mi abuela. Tal vez la sombra de la Guerra Civil, en mi caso, perduró demasiado tiempo cuando en otras familias desapareció, se ocultó vergonzosamente o no se volvió a hablar más de ella. Tal vez alguien como yo, abotargado por la vida cómoda de nuestro tiempo, necesita sentirse vivo y consciente con el pasado, aunque no sea con un pasado demasiado lejano. Tal vez la explicación está en que no me importa leer a Herodoto y su *Historia*, a Suetonio y su *Vida de los doce césares*, a Joanot Martorell y su *Tirante el Blanco*. Por ser de esta manera, alguna gente me ha llamado tonto y otros inteligente, aunque pasado el tiempo a unos y a otros he terminado por producirles la misma indiferencia; porque los humanos sólo dejamos de serlo y nos convertimos en los semidioses que nunca fuimos, cuando hemos pasado a “mejor vida” y nadie pueda enumerar con su propia experiencia nuestros defectos.

Finalizo aquí este prólogo. Es necesario hacerlo. Juzguen la obra *Un año en el frente. El bombardeo de Gernika. Memorias de un miliciano* por ustedes mismos. Sin influencias de nadie. Mi palabra es un desierto baldío si cuando comienzan a leer la novela ésta no les dice nada.

Y si la indiferencia nos embarga al leerla, tal vez quiere decir que nuestra sociedad está más enferma y abotargada de lo que imaginamos.

**Fidel Bilbao Mateo**  
*Escritor*

*Mi madre solía decir que no me chupaba el dedo y que había que verme. Aprendí a hablar pronto. Cuando me tocó ir a la escuela, empezó mi educación, aprendí a mentir y a quedarme quieto. Tenía mucha imaginación. Aprendí a montar en bicicleta y a ser una persona corriente.*

*Ésa era una idea que deseché con el paso de los días; empezaba a afeitarme y comenzó a meterse de por medio el sexo; y era necesario prepararse con miras al sustento, sentarse a la mesa, partir el pan de la hogaza y echarse unos tragos de vino, entre pecho y espalda. Para eso debía, en primer lugar, enamorar a una chica que me gustase. No sería coser y cantar, todo cuidado poco, el diablo andaba por los trigales.*

*En la escuela empecé a tener algunos amigos para salir, divertirme o bronquear, hacerse mala sangre en este mundo, porque era el único mundo que había a mano. La diferencia entre una clase y otra, notable: unos con mucho y otros con nada. Dejar de ser niño, dejar la tristeza en mis ojos. Físicamente me podría dar por contento, no estaba mal para lo que se veía por las calles. No podía tener la certeza por mí mismo, escuchaba a otros, me miraba al espejo y me quedaba pensativo. Se veía mejor a los otros, desde fuera, que a uno mismo.*

*Yo no perdía la ocasión de seguir a escondidas a la chica que podría ser la indicada para entablar relaciones. Tampoco era tan fácil, por una cosa o por otra venía a tono el “¿con cuánto dinero podría contar?”, las cuentas no esperaban. A cada paso aparecía un aspecto de la vida diferente al que yo mismo imaginara. Un día, parecido a otro cualquiera, una chica, en sí agradable, accedió a mis requerimientos, a las palabras de amor, una felicidad. Regaría las flores de su jardín como el mejor. Llegó la confianza y las manos comenzaron a subir por los temblorosos muslos de ella. Ya no había secretos, íbamos a fondo. Luego llegaría el intercambio de fotografías...*



---

## 1. El alzamiento

---

Era un mes de julio que no se esperaban; él salió de casa a encontrarse con los amigos en el café “Royalty” de Las Arenas, como de costumbre los domingos y los días de guardar, para beber un licor y seguir en lo que estaban, y pasarlo bien. Ese día había una novillada en la plaza de toros de Vista Alegre y allí se encaminarían para pasar el rato; más tarde irían por los lugares de costumbre.

–Espera, espera, escucha... Es Prieto el que habla desde Madrid, dice que los militares se han sublevado en Marruecos y algunos regimientos les han imitado en la Península. Se sublevan contra el Gobierno legítimo de la República –dice el camarero. Se le quedan mirando.

–Una punta de locos. Lo de siempre, queriendo conservar los privilegios, que nadie reclame. ¿Por qué no? El cardenal Segura, mira que no se calla, le ha dado contra la República.

–Deja. Vamos a Lamiaco, a la Casa del Pueblo, a ver qué pasa. Cogeremos el tranvía.

–Será. Por unos días... como lo de Casas Viejas.

Vivía en Lejona, y con veinte años cumplidos, pensando que tendría que hacer la mili. Un orden de cosas establecido. Se bajan del tranvía en Lamiaco. Se acuerda del tío Victorino, soldado de la guerra de Marruecos, y como si le oyera.

–Los moros nos arreaban...Y como no podíamos detenerla, hablabamos de la guerra, que deja a unos sin vida y a otros sin nada, a solas con la nada y la peor parte para los de a pie. Y con todo eso existía quien hacía la sustitución de la mili de algún hijo de rico, sonaban las bolsas... sonaba la bolsa para librarse de la quinta, de ir a Marruecos...

No había vuelta de hoja. En la Casa del Pueblo empezaban a des-puntar los que daban órdenes a fin de formar grupos y patrullar. Precisamente él, de armas, no tenía la menor noción; a todo lo más, sabía de la escopeta de caza, de tan poco alcance.

–A casa, cenar, coger una manta y las amas que se tengan y aquí de vuelta.

Sale de la agrupación como si le corrieran, a Erandio, a encontrarse con su novia; el tranvía hasta los topes, un trasto que se parecía a una carreta de bueyes. Llegaba jadeando, respira hondo y llama a la puerta.

– ¿Tú? Tan agitado. ¿Qué te pasa?

–Veo que no lo sabes. Algunos cuarteles se han levantado en armas contra la República. Una proclama del general Sanjurjo... Dame una manta y si tienes alguna escopeta, un arma... Es la orden. Ni me diste un beso.

–La orden de qué. No te hagas el gracioso. Más despacio, di.

–Es serio. Eso es todo. Dicen que hay que formar grupos y salir a patrullar.

–Y qué sabes tú de eso.

–Se aprende. Iré con quien me enseñe. *“Bejarana no me llores porque me voy a la guerra, ya vendrán tiempos mejores...”*

–No cantes, que no le veo la gracia... Siento que se ríen en la sala. Tú cantando.

–Para hacer un sitio en mi silencio y desde el hondo afán que hay en la tierra...

–Una conversación que no le veo... Será para que no me asuste. No me vengas con chistes de mal gusto, porque si no es verdad vas a ver.

–Prepárame un bocadillo.

–Lo que te digo es que te hagas el tonto, tantos se harán. Mira esa punta de vivos... de siempre, no se pierden una. Es fácil meterse pero después salir...

–Salas, Cangas y los otros ya están allí, esperando para formar el grupo.

–Con esa ropa buena...

–Es domingo y...

Y sus ojos se posaron en los de su novia, llenos de júbilo y satis-

facción, tratando de controlarse, de mostrarse relajado. En qué podía pensar si no era en un orden de cosas, alterado en cuestión de horas.

Esa tarde presentida, corrió al encuentro de su novia y con un abrazo tenaz de su luz y mi sombra para hacer un sitio en los sentimientos que llevaría consigo antes de caer la noche: lo que la vida entrega, lo que la vida arrebató, deben vivir su aventura, que allí se acostumbraron a sentir. Sin esperarlo, siempre igual, siempre distinto y como prueba la de esta tarde; tocan las sirenas de las fábricas por otros motivos al del día anterior, llamando al trabajo.

El viejo soldado del veintitrés en Marruecos, estaba en la Casa del Pueblo, entregando su escopeta calibre dieciséis con doce cartuchos de postas y decía:

–Uno se ve en medio de la tragedia, a donde yo fui a parar, a la guerra, cargando un peso descomunal, pasando frío y calor, hambre y con la muerte en los calcañales. La emoción de lo confuso. África en el veintidós, el veintitrés...

–Don Vitorino, no nos lo ponga peor, que no será para tanto. Vaya, que poco ánimo nos da –le digo.

–Toma mi escopeta, Sarrasqueta y a ver si me la devuelves igual. Nosotros decíamos que toquen las guitarras, que redoblen los tambores y se callen los fusiles. No trates de entender, nadie puede entenderlo. Y allí en *Annual*, cuántos dejamos. El vaivén de los tiempos es muy vertiginoso, agrega lo que falta sin esperanza para nadie, los negros aviones surcan el cielo con su carga terrible. Mira el tiempo en mí, te preguntarás ¿fue soldado? Antes de mí, los de Julio César o los de la guerra del catorce.

Oye su nombre y el de Cangas y el de Salas; los tres al transformador de alta tensión, de guardia, hasta nueva orden. Cangas levanta en alto una pistola Astra del nueve, reglamentaria. Él se queda mirando, no hacían buenas migas y convivir juntos los días que fueran no sería muy agradable. Cangas, de complexión fuerte y metido a valiente. Instantes en que el grupo de teatro de la Casa del Pueblo cantaba canciones revolucionarias, cuando ellos tres se disponían a partir a su primera misión.

Enigma de dudas interminables de infortunio, entre el miedo y la vida y a la cruel muerte. Sería mejor arar la tierra para poder llevar el

trigo al molino, la harina a la artesa: la tierra de labrantío, las nubes cantoras por la lluvia y las abejas de flor en flor; y no serán las abejas las cremalleras de los tanques los que destrocen los viñedos.

\*\*\*

A los dos meses están en la Normal de Maestras de Indauchu, y tienen un nombre, milicianos, y tienen un cuartel, un patio donde en fila escuchan al sargento, al teniente, porque también tienen sargentos y tenientes, capitanes y el comandante Félix Gallarreta. Por la mañana, al Pagasarri de instrucción, el segundo de Meabe; a prepararse para el combate, el segundo de infantería. El Lehendakari Aguirre declara el 4 de octubre día del ejército vasco, y desfilan con sus fusiles al hombro y sus banderas de transmisiones delante del Hotel Carlton, mirando al cielo por si aparecían los aviones del enemigo.

Unos días más de preparación en el cuartel y a los camiones, una tarde de lluvia: el frente de Ubidea les espera. Qué empinada se hacía la montaña y las detonaciones no cesaban. El batallón de relevo bajaba y ellos subían al bautismo de fuego; él, un miliciano de transmisiones, con su fusil, cargadores y equipos de señales, a su lado el teniente, un murciano, y el sargento Díez, de Arrigorriaga, Salas, el barbero de Lejona. Quién les ha visto y quién les ve, entre el barro y la lluvia. La subida era un desafío, y él se recuesta en el tronco de un árbol, unos instantes, respira, y reanuda la marcha. A menos de veinte metros, el agua de una fuente desciende y la pequeña corriente donde se apresuran a lavar la cara, las manos y secarse. Eran precavidos, llevaban la toalla resguardando el pescuezo. Lo que más echa en falta es un peine para piojos. A su madre tampoco se le había ocurrido.

—¿No sabéis quien tiene jabón?

Todos mudos, le miran y él se agacha más en el hueco del árbol, aprovecha los instantes en que hablan para estirar las piernas. Pasa silbando una bala, rozando el árbol y cerca del riacho explota un obús de mortero.

—La puta que los parió, no paran de joder.

Estaba a punto de amanecer y no sólo no llovía sino que las últimas estrellas de la noche iban desapareciendo para volver en la

siguiente jornada. Algunas nubes caminaban hacia el sur, disolviéndose. La maleza del suelo estaba empapada y los milicianos lo mismo, tiritando de frío.

Empezaban a tomar posición para la toma de contacto, sería su bautismo de fuego, ni más ni menos. En esos menesteres se aprendían hasta palabras que nunca pensó, solía pasar, sino que se lo preguntaran al viejo Victorino. El sargento de enlaces señala con el dedo índice una loma a unos cien metros y dice:

–Tenemos que tomarla, hincar la bandera y hacer señales a los otros batallones, en la ofensiva, marcando nuestro territorio.

No había el sargento terminado de hablar cuando por la parte del Gorbea empieza una suerte de fuegos artificiales, fuego cerrado, de fusilería.

–La jodimos, empezamos mal la ofensiva hacia Vitoria, se nos han adelantado los batallones de esa parte. No es lo que se dijo –dijo el teniente.

–Vamos, a la loma, sin que seamos blanco de esos animales, nacionales, que se dicen.

Corren unos metros, agachándose a ras de tierra. El sargento y el enlace Pablo del Regato y él toman posición de tiro. El sargento con el oído pegado al suelo para localizar la procedencia de las balas enemigas, aprieta el gatillo, hace unos disparos. Fueron descubiertos y la sorpresa de poner la bandera en la cima de la loma quedó en una ilusión. En la loma salpicaban las balas y tenían orden de quedarse inmóviles a dos metros, en posición de tiro, la bandera en el suelo, esperando, los minutos son una temeridad. El sargento empieza a retirarse, rodando cuesta abajo, les hace una seña para que le sigan. No ha disparado un sólo tiro pero lo haría, seguro. Pablo tiraba del mango de la bandera, arrastrando por el suelo, nada de ondear al viento, diferente que en las películas.

–Los nuestros contestarán con creces a esos hijos de mala madre. Las dos compañías de ataque se movilizaran por la izquierda. Tenemos que ser rápidos no darles tiempo a reaccionar.

–Comandante, estarán de sobre aviso.

–Que estén. Es nuestro movimiento.

Su pensamiento, en la retaguardia, su novia le estaría tejiendo el jersey como madrina de guerra, prometido; era lo único que iba bien en la vida, que por lo demás, era todo machacar en hierro frío. A su lado pasaban unos camilleros con un herido, lo llevaban a la iglesia, lugar de primeros auxilios.

–Estaré de acuerdo con lo que decida el coronel Ibarrola –dice el Comandante–. Ibarrola, a su vez, con lo que diga el Estado Mayor, pero la cosa empieza mal, algo no encaja, se fortificaron.

–¿Y cuánto nos va a costar? Una ofensiva...

–Esa pregunta, capitán, se hace para todo. El batallón sabrá dar con el precio. Sargento, que lleven ese fusil ametrallador con mira telemétrica de puntería a la compañía de ametralladores, y ojo. Cabo, transmite este parte.

Coge las banderas del Morse y empieza a deletrear con ellas, punto y raya, raya y punto, dos puntos y sigue. Nada. Los del batallón indicado ni ven ni oyen. Él insiste para que realicen fuego cruzado y abran una brecha por la izquierda, para envolver a un grupo enemigo que se resiste; y no cesa el tableteo de su ametralladora. Nada, el sol en lo alto y ellos no han podido avanzar cincuenta metros.

–Hazles señales con espejos de sol.

Lo mismo, ciegos y mudos y mandar un enlace demasiado lento, lejos. Él mira a Pablo y el sargento lo mira a él, que se resignaba a su destino, esperando, esperando. El estómago reclamando la ración del soldado, y de qué manera tan insistente: hombre, ocho horas en tira y afloja; todo por avanzar, tomar unas posiciones del enemigo, y en eso seguían. Algo era algo y alimento caldo. Cogieron a dos requetés como prisioneros y el comandante les interrogó. Algo pude oír, hablaban de heridos solamente y también habría muertos, lo de siempre en estos casos, como en las películas que les llevaron a ver al cine Buenos Aires días antes, Chafayef, guerrillero de la revolución rusa.

Se acercaba a él Arenas Petit, el boxeador, semipesado, uno de los componentes de la sección de dinamiteros, se trataba de un conocido suyo de Lamiaco.

–Miguel, tu amigo Sastre, ni siquiera pudo estrenar el fusil, ni un tiro... y se ha ido de esta vida.

–Cruel. Qué me estás diciendo.

–Lo que oyes.

Se le apaga la voz, el sargento lo mira y Pablo, el otro enlace, lo mira, en el frente no se andaba con remilgos, eran milicianos y a quien le tocaba, mala suerte. Pero no por eso él dejaba de recordar que la madre de Sastre, cuando salían de la escuela, les preparaba la merienda. Y si llegaba a verla, ¿cómo decírselo?

–Eso es lo que pasa, los milicianos nos conocemos de antes, algunos... En la mili... soldados por sorteo.

–Nos damos coraje. Luchar o morir. Si yo flaqueo, fuera, cuatro tiros; pero si alguno de vosotros es derrotista, haré lo mismo, os quiero decididos –dijo el teniente.

En la vida la suerte cambia, y una bala le saca un pedacito de corteza al tronco del árbol donde se recuesta; él, agachado en el tronco, estaba pidiendo por lo bajo que llegase el relevo y poder engañar al estomago. Cuando hablaban, no pasaba de ser una conversación de guerra. ¿Qué más podía ser?, los hombres cargaban las armas y disparaban; siempre se mataban, fríos de corazón y el sudor les empapa al llegar el miedo, la mirada indiferente. Llega el relevo.

–Cogen el caserío aquel, a las afueras –dice el teniente y señala con la mano–. Se van al caserío por si acaso, pueden joder con la artillería o con la aviación y en el pueblo... ha sobrevolado un avión enemigo de observación. Ya lo han visto. Andando.

La sección de enlaces de la comandancia, la primera compañía, enveredan sus pasos hacia el caserío indicado. Se cruzan con los de la tercera compañía que les tocaba tomar posición, pasar por el bautismo de fuego, lo mismo que ellos. De la iglesia sacaban unos heridos para ponerlos en una carreta de bueyes y llevarlos al puesto de primeros auxilios. Aparta la vista, verlos ensangrentados, le da una especie de tontura. Sería hasta acostumbrarse.

Llegan a un caserío lánguido, con dos o tres siglos a cuestas, o más, parecido a tantos otros del territorio. Ningún ladrido de los perros y en la cocina colgando hay un delantal de mujer y un almanaque del Athletic de unos seis años antes, con Regueiro, Quincoces y el equipo. En la cuadra, un olor a boñiga y a hierba olvidada; un caserío abando-

nado, cercano a Ubidea, a la línea de fuego, donde no cesaban las descargas de fusilería, el tableteo de las ametralladoras y alguna que otra explosión de obús de mortero, a lo lejos de obuses de artillería. Busca un rincón en la cuadra, un sitio donde dormir. Su ropa húmeda y un frío que tirita, procura disimularlo. No deja entrever sus sentimientos, a los demás les pasaría lo mismo, se estaba convirtiendo en una cuestión de honor. A esas alturas ya se había acostumbrado a una engañosa existencia, exigente por los cuatro costados. Todos parecían tener sus propios secretos, encerrados en su pequeño mundo. Los fogonazos del mundo exterior eran para integrarse en él, aun a regañadientes; y que en la vida asomara un atisbo de algo nuevo y ese algo presagiara el mañana, pero en la guerra no lo podrían prever, ni siquiera un escalofrío de emoción al ver la sangre en los heridos.

Bebe un trago de agua y le sabe mejor que todos los tragos bebidos en toda su vida. Pega dos mordiscos al pedazo de pan y al trozo de queso blando y mastica despacio; comer, una privación menos que le tocaba pasar. Hacía frío y las explosiones le devolvían a la realidad, al ser consciente y muerto de sueño, helado, a su situación desdichada, al olor a boñiga.

En las cartas ocultaba a su novia algunos pensamientos a fin de evitarle un sufrimiento mayor, dejándola que se entregase mientras leía su carta y avivase sus sueños de añoranza y de ilusiones, y le proporcionara un rato de placer, inocente. En una carta anterior le hablaba de tantos anhelos... Ni lo quiere saber, porque en el fondo debe de esforzarse en las desesperaciones, en que su odio a los demás no vaya en aumento; al perro más flaco las pulgas más gordas. La suerte empezaba al nacer y por algo enfrentaban a los sublevados, porque ya era hora de poner las cosas en su lugar. Realizaban la guerra de mil maneras taimadas y malignas en el exiguo sentimiento de seguridad, al que se aferraban.

Amanece y la ofensiva hacia Vitoria estaba estancada, los batallones de la parte del Gorbea retroceden a sus posiciones de partida; todo esto significaba que la ofensiva quedaba en eso, en un pulso de fuerzas, hasta más ver.

El toque de atención y él en su rincón, en la cuadra del caserío, con olor a boñiga. Le duelen todos los huesos del cuerpo de estar tanto

tiempo encogido para entrar en calor. Se palpa la ropa a ver si esta seca. Se enjuaga la boca para quitarse la sensación de asco. Si pudiera, dejaría su cuerpo allí, volar en espíritu, verse libre de esa opresión, agitar de alas al aire, escapar. Pablo del Regato lo sacude creyendo que estaba adormilado.

–Ya lo has oído, el toque de atención.

–Claro, que no soy sordo. Otra vez a la faena ésa de arrastrarse por el suelo y tirar tiros a ver quien puede más.

–Escucha, ahí están todos esos hablando de bajar a Bilbao, darse un baño caliente e ir peripuestos a las calle de Las Cortes. Esta gente habla de sexo, celos, de cuernos... y de todo eso. ¡Vaya!

–Lógico, evadirse... o volver... a qué sé yo. Una conversación muy espiritual. Ganar el cielo...

–Ya estamos, cabo, con tus galimatías. A mí que no me pongan cuernos que acabo con todo. Por menos estoy aquí y mi mujer lo sabe.

El comisario político levanta las dos manos y dice que presten atención.

–Los batallones de la parte del Gorbea se están replegando a las posiciones de partida.

–La jodimos –dice el capitán ayudante, Escoriaza–. Un precio muy alto para una ofensiva de mierda. El comandante manda replegarse. Y tú, enlace, pide órdenes a Ibarrola, a la Comandancia de Ochandiano. Seremos reemplazados. Veremos lo que pasa, pero no se la van a llevar. Esa gente presiona sobre Madrid y como retengamos fuerzas aquí... les ayudará.

–Ahí, en esa mesa, tienen un tubito contra gonorreas y un condón para cada uno. Guardarlo y, si bajamos a Bilbao, ya sabéis –dice el comisario político– he oído decir, que por cuatro días, a los tres días en el cuartel y como todos somos milicianos no tendremos que fusilar a ningún desertor o alguno de esos de allí.

Retroceden, se repliegan y todo para nada, se agrupan en el mismo sitio de Ubidea, de cuando llegaron para avanzar en dirección a Vitoria. Si les dieran tres días para bajar a Bilbao, iría corriendo a casa, sacarse la ropa nauseabunda, dormir y enseguida llamar a la puerta de la casa de la novia, enamorar y oír música clásica que apacigüe.

En pie, en posición firme, respira por la nariz, extiende los brazos, estira las piernas, aprieta los puños con la mirada en dirección donde el enemigo estaba atrincherado, eran requetés a las órdenes de Mola. Empezaban a dejar la posición de Ubidea, a la luz del día, la luz del sol, el aire campesino, desolado, al cuarto día, como si no supieran qué hacer. Ni vacas ni ovejas en todo a la redonda. Seguramente, por ser todo muy extraño se cumplirían los temores, y deben retirarse a las posiciones de partida. Quincoces, al que todos decían Arenas Petit, se acerca a él y le dice.

–Miguel, a la madre de Sastre, chitón. Escabulle el bulto.

–Lo que pensé. Esto me deja...

El recuerdo acude a su mente con absoluta claridad, sobre lo que pensaban hacer, y al mismo tiempo era como si oyera aquella voz de Sastre, joven y entusiasta; y allí, en ese lugar impensado quedarían sus huesos, quién lo iba a decir. El corazón le late con fuerza, mira en torno, a la naturaleza, rodeándoles, a los milicianos, que son eso, sólo milicianos. El capitán Escoriaza daba unas órdenes al sargento, aún bajo las descargas de la fusilería. Alguna bala perdida pasaría cerca; y las palabras del capitán Escoriaza, intentando justificar la retirada, se quedaban sin respuesta, como tantas cosas que se decían de continuo. Ubidea a tiro de cañón. Se iban alejando paso a paso.

La guerra: una visión del mundo que deja abatido, pensando en la existencia y el acontecer, una realidad que existe. Antes era el amor sobre todas las cosas, conseguir la felicidad, ahora encarar a los del otro lado a tiros.

Ha llovido con ganas y ahora es como si el mundo estuviera recién lavado, y a pesar de ello tenía un aspecto triste y se siente solo en la fuerte luz de la mañana: mirar, en guerra, y eso poco tenía que ver con su vida anterior. Es otro en otro mundo diferente.

En cuanto pasaran los años quizá la indiferencia se haría sentir, como losa lejana, si salía con vida. En su memoria sería tan difícil olvidar como alejarse de su propia sombra.

–¿En qué piensas, cabo? Hay que hacer buena puntería, no desperdiciar munición que cuesta dinero.

–Cuesta dinero. ¿Y qué no?